

una especulación que consistía en comprar el  
 que que ha habido en el comercio en el día  
 los contrabandistas; el que quiere habilitar  
 dirigía a los dueños de las casas de  
 como Xela.

II

CLUBIN PERCIBE Á ALGUIEN.

Zuela comia algunas veces en la posada Jean. Sieur  
 Clubin le conocia de vista.

Sieur Clubin no era orgulloso; no se desdeñaba de  
 conocer de vista á los foragidos. Llegaba algunas veces  
 hasta á tratarles, dándoles en medio de la calle la mano  
 y los buenos días. Hablaba inglés al smogler y chapur-  
 raba el español con el contrabandista.

Tenia acerca del particular para conducirse en la vida  
 práctica, algunas sentencias:—Se puede sacar el bien del  
 conocimiento del mal.—El guarda de un soto platica  
 útilmente con el matutero.—El piloto debe echar la sonda

de vista para ir á la escuela.—El piloto en el  
 caso como un albañil que se vende.—El albañil  
 sin saber, que cuando se vende el albañil  
 el albañil vende para el capitán Clubin tener  
 con él lo que queda que no se vende de delicias  
 informaciones útiles. ¿Quién se vende a  
 venta? Todo lo que queda en el mundo para ser  
 vendido. Todo en el mundo. Nada se vende  
 todo. El mundo se vende en el mundo. Las  
 cosas que se venden en el mundo son las cosas  
 y es la que constituye la esencia de las cosas  
 vendidas.

II.

CLUBIN PERCIBE Á ALGUIEN.

Zuela comia algunas veces en la posada Jean. Sieur  
 Clubin le conocia de vista.

Sieur Clubin no era orgulloso; no se desdeñaba de  
 conocer de vista á los foragidos. Llegaba algunas veces  
 hasta á tratarles, dándoles en medio de la calle la mano  
 y los buenos días. Hablaba inglés al smogler y chapur-  
 raba el español con el contrabandista.

Tenia acerca del particular para conducirse en la vida  
 práctica, algunas sentencias:—Se puede sacar el bien del  
 conocimiento del mal.—El guarda de un soto platica  
 útilmente con el matutero.—El piloto debe echar la sonda

BIBLIOTECA ALFONSO  
 DE LA UNIVERSIDAD  
 DE MADRID

al pirata, pues un pirata es un escollo.—Yo pruebo un pícaro como un médico prueba un veneno.—Eran apotegmas sin réplica.

Todo el mundo decía que el capitán Clubin tenía razón. Se le aprobaba que no adoleciese de delicadezas y miramientos ridículos. ¿Quién se hubiera atrevido á censurarle? Todo lo que hacía era evidentemente «para bien del servicio.» Todo en él era sencillo. Nada podía comprometerle. El cristal no podía mancharse aunque quisiese. Esta confianza era la justa recompensa de una larga honradez, y es la que constituye la escelencia de las reputaciones bien sentadas.

En cuanto hacia ó parecía hacer Clubin, se suponía que había malicia en sentido favorable á la virtud; tenía adquirida la fama de impecable, y al mismo tiempo la de sagaz, y de tal ó cual familiaridad que en otro hubiera infundido sospechas, su probidad salía con un relieve de destreza. Su reputación de hábil se combinaba armoniosamente con su reputación de sencillez, sin contradicción ni violencia.

Un cándido hábil es un tipo que existe. Es una de las variedades del hombre honrado y de las más apreciadas.

Sieur Clubin era de esos hombres que, sorprendidos en conversación íntima con un estafador ó un bandido, son sin embargo aceptados, penetrados, comprendidos y tienen á favor suyo la guiñada satisfecha y de inteligencia de la estimación pública.

El *Tamaulipas* había completado su cargamento. Estaba de marcha é iba muy pronto á aparejar.

Un martes por la tarde la *Duranda* llegó á Saint-Malo cuando aun era de día. Sieur Clubin, vigilando desde la cubierta la maniobra de la entrada en el puerto, percibió cerca de Petit-Bey, en la playa de arena, entre dos rocas, en un paraje muy solitario, dos hombres que conversaban.

Les miró con su anteojo de marino, y reconoció á uno de ellos. Era el capitán Zuela. Le pareció reconocer también al otro.

Este otro era un personaje de elevada estatura, algo canoso. Llevaba el ancho sombrero y grave traje de los Amigos. Era probablemente un cuáquero. Bajaba la vista con modestia.

Al llegar á la posada Jean, sieur Clubin supo que el *Tamaulipas* pensaba zarpar dentro de diez días.

Se supo después que había tomado algunos otros informes.

Por la noche entró en casa del armero de la calle de Saint-Vincent y le dijo:

—¿Sabeis lo que es un revolver?

—Sí, respondió el armero, es de invención americana.

—Es una pistola que sigue la conversación.

—En efecto, tiene la pregunta y la respuesta.

—Y la réplica.

—Justo, monsieur Clubin. Un cañon giratorio.

—Y cinco ó seis balas.

El armero entreabrió el ángulo de su boca y produjo con la lengua un ruido que, acompañado de un movimiento de cabeza, espresa la admiración.

—Es una buena arma, monsieur Clubin. Creo que se popularizará pronto.

—Yo quisiera un revolver de seis cañones.

—No lo tengo.

—¿Cómo, siendo armero?

—Es artículo nuevo, que no me ha llegado aun. Ahora empieza. En Francia no se hacen aun mas que pistolas.

—Lo siento.

—El revolver no se ha entregado aun al comercio.

—¿Cómo lo haremos pues?

—Tengo excelentes pistolas.

—Quiero un revolver.

—Convengo en que es mas ventajoso. Pero aguardad, monsieur Clubin.

—¿Qué?

—Creo que en este momento en Saint-Malo se vende uno de lance.

—¿Un revolver?

—Sí.

—¿Y se vendé?

—Sí.

—¿Dónde?

—Creo poderlo saber. Me informaré.

—¿Cuándo podreis darme una respuesta?

—De lance. Pero bueno.

—¿Cuándo quereis que vuelva?

—Si os procuro un revolver, será de toda confianza.

—¿Cuándo me dais la respuesta?

—Al volver de vuestro próximo viaje.

—A nadie digais que es para mí, dijo Clubin.

III.

CLUBIN. LLEVA Y NO TRAE.

Sieur Clubin hizo el cargamento de la Duranda, embarcó bueyes y algunos pasajeros, y, como de ordinario, salió de Saint-Malo para Guernesey el viernes por la mañana.

Cuando el buque estuvo en alta mar, lo que permite al capitan ausentarse algunos instantes de su puesto de mando, Clubin entró en su camarote, se encerró en él, metió algunos vestidos en el compartimiento elástico de un saco de viaje, galleta, algunos botes de conservas, algunas libras de cacao, un cronómetro y un anteojo de marino en el compartimiento sólido, cerró con candado el

BIBLIOTECA ALFONSINA  
UNIVERSITARIA

saco, y pasó por las asas un cable enteramente dispuesto para izarlo en caso necesario.

Después bajó á la sentina, entró en el departamento de los cables, y se le vió volver á subir con una de esas cuerdas de nudos armadas de un gancho que en el mar sirven á los calafates y en tierra á los ladrones. Estas cuerdas facilitan los escalamientos.

Al llegar á Guernesey, Clubin se trasladó á Torteval, donde pasó treinta y seis horas. Llevó allí la baliya y la cuerda de nudos, y no se las volvió á traer.

Digámoslo de una vez para siempre, el Guernesey de que se trata en este libro es el antiguo Guernesey, que no existe ya y que sería imposible volver á encontrar como no fuese en los campos.

En estos vive aun, pero en las ciudades ha muerto.

Lo que decimos de Guernesey debe aplicarse á Jersey. Saint-Helier equivale á Dieppe; Saint-Pierre Port equivale á Lorient.

Gracias al progreso, gracias al admirable espíritu de iniciativa de este pequeño pueblo insular, en cuarenta años se ha trasformado todo en el archipiélago de la Mancha. Donde habia sombra hay luz. Esto dicho, pasemos adelante.

En aquellos tiempos, que por su distancia son ya tiempos históricos, el contrabando era muy activo en la Mancha. Los buques contrabandistas abundaban particularmente en la costa del Oeste de Guernesey. Las personas bien informadas, que saben circunstanciadamente lo que

pasaba hace ya casi medio siglo, llegan casi hasta á citar los nombres de varios de estos buques, casi todos asturianos y guipuzcoanos.

Lo que está fuera de duda es que no trascurría apenas una semana sin que apareciesen uno ó dos, ya en la bahía de los Saints, ya en Plainmont. Su aparicion tenia casi las apariencias de un servicio regular.

Un subterráneo marítimo en Serk se llamaba y llama aun las Tiendas (*boutiques*), porque en él se compraban á los contrabandistas sus mercancías. Para las necesidades de aquellos comercios se hablaba en la Mancha una especie de dialecto contrabandista, actualmente olvidado, que era al español, lo que el levantino es al italiano.

En muchos puntos del litoral inglés y francés, el contrabando se hallaba en cordial acuerdo secreto con el negocio que pagaba su patente. Tenia sus entradas en la casa del comerciante mas encopetado, si bien es verdad que entraba por la puerta secreta, y penetraba subterráneamente en la circulacion comercial y en el sistema venoso de la industria. Negociante por delante, contrabandista por detrás; hé aquí la historia de muchas fortunas.

Séguin lo decia de Bourgain; Bourgain lo decia de Séguin. No salimos garantes de sus palabras; tal vez se calumniaban recíprocamente. Como quiera que sea, el contrabando, perseguido por la ley, estaba incontestablemente muy bien emparentado con la hacienda. Se hallaba en relaciones «con todo lo mas distinguido.»

Aquella caverna, en que Mandrin se tuteaba en otro

tiempo con el conde de Charolais, era honrada exteriormente y tenia una fachada intachable en la sociedad; la pared delantera, lo que daba á la calle, no tenia pero.

De ahí muchas connivencias, necesariamente ocultas. Semejantes misterios requerian una sombra impenetrable. Un contrabandista sabia muchas cosas, y debia callarlas; una fe inviolable y rígida era su ley. La primera cualidad de un contrabandista era la lealtad. Sin discrecion no hay contrabando posible.

Este secreto era imperturbablemente guardado. El contrabandista juraba callarlo todo, y cumplia su juramento. De nadie podia uno fiarse mejor que de un contrabandista.

El alcalde de Oyarzun cogió un dia á un contrabandista, y lo sometió á la tortura para obligarle á denunciar el depositario de sus fondos secretos. El contrabandista no nombró al depositario. Este era el mismo alcalde. De estos dos cómplices, el juez y el contrabandista, el uno, para parecer en el concepto de todos obediente á la ley, tuvo que ordenar la tortura, á la cual el otro resistió para obedecer á su juramento.

Los dos mas famosos contrabandistas que frecuentaban Plainmont en aquella época, eran Blasco y Blasquito. Eran tocayos (1).

(1) Victor Hugo está en un error. Blasco y su diminutivo Blasquito, no son un nombre de pila, sino un apellido, y tocayos se llaman, no los que llevan el mismo apellido, sino los que llevan el mismo nombre de pila. Además, Victor Hugo supone que, á la circunstancia de llevar dos su-

Este es un parentesco español y católico que consiste en tener el mismo patron en el paraiso, lo que, fuerza es convenir en ello, es no menos digno de consideracion que el tener el mismo padre en la tierra.

Nada mas fácil y mas difícil que hallar á esos hombres cuando ya se tenian noticias del furtivo itinerario del contrabando. Bastaba para ponerse con ellos en contacto no tener ninguna preocupacion nocturna, ir á Plainmont, y arrostrar las misteriosas interrogaciones que allí se dirigian.

getos el mismo nombre, se da en España mucha importancia, siendo asi que no se le da ninguna.—(N. del T.)